

Jim Hawkins y *La isla del tesoro*

Juan Tébar*



Bajo el epígrafe «La mirada de la infancia» reuniremos una serie de artículos sobre ejemplos literarios y/o cinematográficos, obras en papel o en celuloide, consideradas «clásicas» y en las que niños o jóvenes miran o son mirados. La isla del tesoro resulta modélica en este sentido. El joven Jim Hawkins es mirada y «mirador». Nosotros leemos sus peripecias, le miramos; y es él quien las narra en primera persona. Es, pues, Jim quien mira a su propia historia.

Que la infancia es el territorio más grave, frágil e influyente de nuestra vida lo han dicho tantos autores, que renunciamos a una exposición de citas para demostrarlo. Hay quien llegó a escribir —perdonadme el incumplimiento, suavizado con el anonimato de la cita— que el niño es el padre del hombre.¹ También los hay que llevaron la contraria a quienes subrayan el peso de la infancia, pero éstos, con todos nuestros respetos, no serán aquí nuestros mentores. No entramos en debate. Si hemos elegido la mirada de la infancia (o la mirada *sobre* la infancia) para enhebrar los ejemplos literarios y cinematográficos que compondrán esta serie de artículos, se impone dar por sentada la opinión y entrar en materia.

El joven Jim Hawkins, hijo del encargado de la posada del Almirante Benbow (lugar más que idóneo para comenzar una aventura misteriosa: «aquellas antiguas posadas al borde del camino, hacia finales de 17...», según palabras del propio novelista), es mirada y mirador en la historia con que comenzamos. Nosotros leemos sus peripecias, le miramos. Y es él quien las narra en primera persona. Es, pues, el mismo Jim quien mira a su propia historia. Perfecto ejem-

plo para este recorrido de niños que miran o son mirados.

En este caso, la historia arranca con una obsesión. Todo buen narrador que ha aprendido las reglas básicas de ese arte sabe que empezar con una inquietud el conflicto planteado, con un *malestar*, en fin, como decía el gran Gesualdo Buffalino,² garantiza, al menos, una brillante primera parte y un excelente anzuelo para el lector. Leed sobre lo dicho al propio Stevenson, que ha escrito ensayos tan válidos que anticipan las bases del relato cinematográfico, por ejemplo las reflexiones y consejos incluidos en su artículo sobre *La isla...* precisamente, o en *Juegos de niños*, o *La novela como chisme...* y tantos otros textos (que las editoriales Losada y Siruela han seleccionado recientemente).³ Quedémonos, para aprendizaje de guionistas y todo tipo de *tusitalas* (contadores de historias) con que, se escriba lo que se escriba, y aunque el lugar descrito sea absolutamente imaginario, es conveniente hacer primero un mapa. Stevenson extrajo de él su historia: «El mapa fue gran parte de la trama, podría decir que lo fue todo». Luego vinieron los demás elementos: la isla, el pirata cojo. Ben Gunn, el oro. Y el niño que encarna el corazón de la historia. O sus ojos.

La novela

Ella es, exactamente, la primera estación de nuestro recorrido. Novela que nació para encandilar al hijastro del autor, Lloyd Osbourne, luego colaborador suyo en las últimas obras. Y que se extrajo de la fantasía, la cultura y la sed de maravillas de quien nunca dejó de ser un niño —Robert Louis Stevenson (1850-1894), R. L. S. para sus adictos—, desde su nacimiento en la húmeda Escocia que se le coló en los huesos, hasta la Samoa final donde dijo adiós a tantos fieles oyentes y lectores de las historias que contaba y escribía el llamado *Tusitala*.

Una aventura que empieza en una vieja posada, que arranca de la obsesión con el contenido de un cofre que muchos desean.

El cofre del muerto

Ya dijimos que una novela no puede empezar mejor, en lo que se refiere a atrapar la atención de cualquiera: la posada está cerca del mar, empapada por las pesadillas de un niño. Él se llama Jim Hawkins, y en sus ¿malos? sueños atisba la sombra de un hombre con una sola pierna,



Robert Newton encarnó a Silver en el film de Byron Haskin (1950).

y aparece con frecuencia el cofre de un muerto —cuyo significado mítico ha vuelto a poner de moda una reciente serie de películas⁴ al ritmo de una canción de piratas que hoy ya conoce todo el mundo:

«¡Yujujú!, ¡y una botella de ron!
La bebida y el diablo se encargaron
del resto...
¡Yujujú!, ¡y una botella de ron!».

Debemos la anterior traducción a Juan Antonio Molina Foix, excelente *gourmet* de estos guisos —cocinados en su mayoría con buenas aventuras, ilustres fantasmas, monstruos queridos y la mayor cantidad posible de emociones—, que, a su vez, es el autor de la edición, prólogo, traducción y notas, de esta novela para la colección Letras Universales de la editorial Cátedra⁵ quizá la mejor edición en lengua española hasta la fecha— y hay muchísimas— de *La isla del tesoro*. Un libro que R. L. S. recomendaba al comprador indeciso: si (estas historias *añejas*) deleitan... como a mí antaño, a los muchachos de hoy, más juiciosos...». La pervivencia del texto —su influencia en tantos otros posteriores, las múltiples versiones cinematográficas, las ediciones que no cesan...— nos hace pensar que aquellos muchachos de hoy, incluso los muchachos de ahora, ciento veinticuatro años después, siguen teniendo parecidos gustos, y que, seguramente, el tiempo no los ha hecho demasiado juiciosos.

Y es que ante el cofre de un muerto (Billy Bones, el viejo marino de rostro cruzado por un sablazo), que contiene el mapa que perteneció a otro muerto (nada menos que el capitán Flint), donde se indica la exacta situación del tesoro de unos piratas..., ¿qué juicio es capaz de resistirse? Y no sólo el de un niño, sino el «del *squire* Trelawney, el del doctor Livesey y los demás caballeros», como dicen las primeras líneas de la mágica novela con que iniciamos nuestra mirada sobre las miradas infantiles que convocaremos sucesivamente en estas páginas.

Y no olvidemos a los propios piratas, que espían la posada, que aterran los sueños de Jim, que se cuelan como tripulantes en la *Hispaniola* (la goleta que debió haber sido un bergantín⁶) y que son criaturas bastante más interesantes que los honrados caballeros.

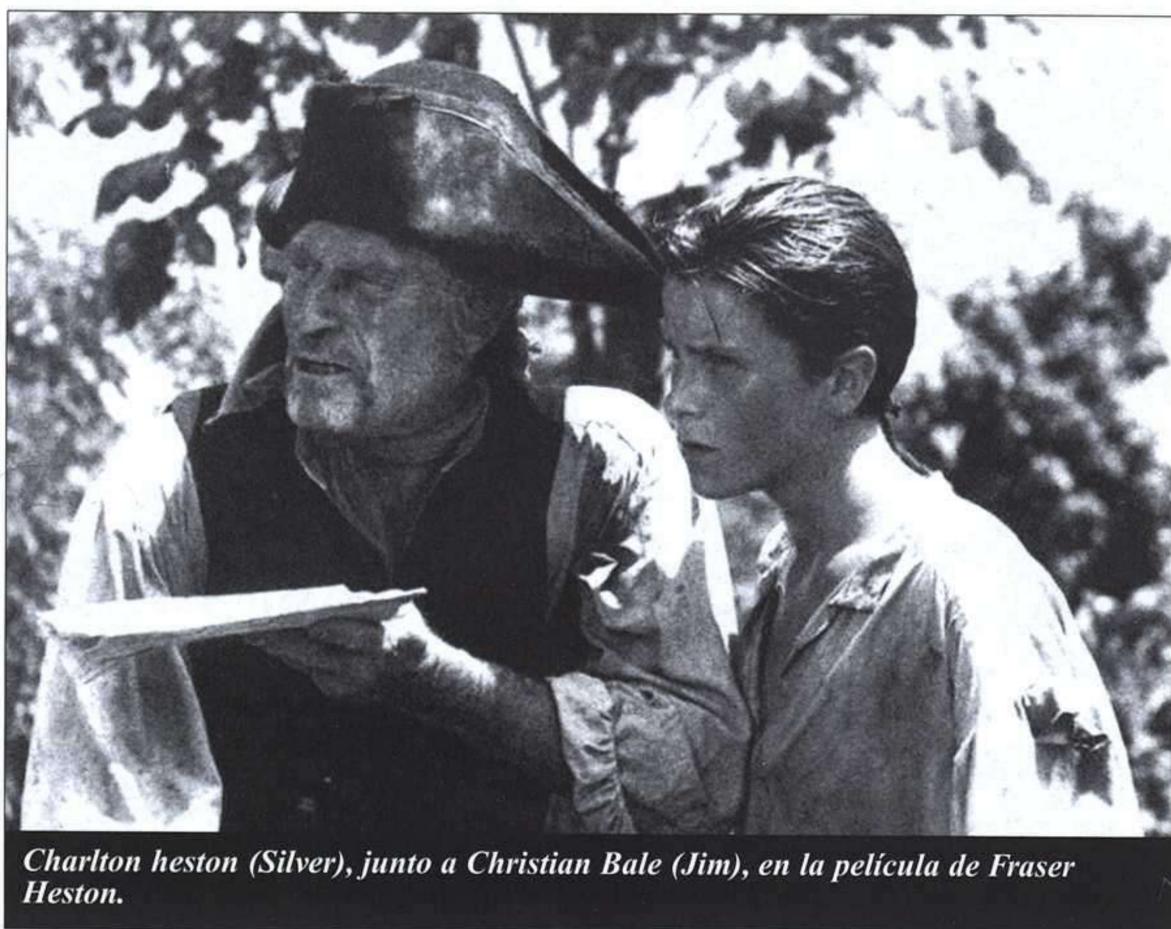


JOAN JUNCEDA, LA ISLA DEL TESORO, EDHASA, 2003.

Los personajes que empujan a Jim al viaje iniciático, son, principalmente, gente marcada: el sablazo de Bones, la única pierna de John Silver, la ceguera de Pew, la mano sin dedos de «Perro Negro». Los primeros fantasmas de una obsesión deben ostentar señales bien reconocibles. Señales de violencia, en este caso, pues la aventura será «de armas tomar». Y nunca mejor dicho: el muchacho aprenderá, entre otras cosas, a usar una pistola con todas sus consecuencias: el terrible resultado de matar a un ser humano. Aunque ese ser humano sea tan despreciable como Israel Hands.

Jim es nosotros

Ahí está uno de los secretos: niños que ven. Niños que vemos. Y niños que fuimos cuando lo vimos. Porque, aunque queda dicho que historias como ésta interesan tanto a médicos como a caballeros más o menos fatuos, capitanes, cocineros o piratas, es a los niños a quienes se nos quedaron más grabadas para siempre jamás. Haber leído *La isla del tesoro* a la misma edad, más o menos, que Jim Hawkins, no es igual que haberla leído en la edad adulta. De mayores comprendemos, saboreamos quizá mejor algunas cosas, descubrimos, seguro,



Charlton Heston (Silver), junto a Christian Bale (Jim), en la película de Fraser Heston.

otras, sobre todo las que se refieren a la excelencia narrativa. Pero la primera impresión es la huella fatal. De eso nunca nos libraremos. Algunas de las mejores obras de la literatura (considerada o no infantil), como la que nos ocupa, *Peter Pan*, o los libros de *Alicia...*, entre tantas otras, fueron escritas, sí, para que su primer lector fuera un niño. Pero, sobre todo, las crearon adultos que realizaban con ellas el milagro de volver a su niñez. Ellos estaban confeccionando sus historias como las verían esos primeros lectores: con la mirada de la infancia. Jim Hawkins, pues, somos todos. Incluso el propio Robert Luis Stevenson.

Juego de niños es el título, ya lo dijimos, de uno de sus ensayos, y el también citado J. A. Molina Foix usa la frase para el epígrafe de uno de sus capítulos en la Introducción a su excelente edición de *La isla...*

Un ama, una niñera, una sirvienta le contaba cuentos a Robert Louis, como la suya a Dickens... —cuánto debemos a estas mujeres, anónimas muchas, que encendieron o avivaron la llama infantil de la sed de prodigios...—; un niño, el hijo de su esposa Fanny, le motivó para

inventar mapa, viaje, cofre, tesoro e historia. Los niños son destinatarios y protagonistas del mejor poemario que dedicó a su propia infancia: *El jardín de los versos de un niño*. Otro Jim Hawkins —de parentesco dickensiano— fue el segundo gran protagonista de sus novelas: David Balfour, con el apellido que perduraría en su sobrino Graham —autor de la mejor hasta hoy de sus biografías— y que llegaría hasta el niño Graham Greene, descendiente de su familia, que en esa infancia inquieta y atormentada leyó al ilustre antepasado. Todos, pues, somos el mismo. Con una o con dos caras, que ése fue el tema principal de su obra. Es su juego preferido, mirar en el espejo al otro que somos todos.

Long John Silver, la otra cara

Y los hermanos Ballantrae, enfrentados en el espejo del amor-odio, y Alan Breck, el contraste de David, y Mr. Hyde, cómo no... aunque ya no eran niños. El asunto del doble, *doppelgänger* hofmanniano,⁷ atraviesa sus libros como un fantasma. Jim ante John Silver. El niño

frente al pirata. El amigo que es traidor. El traidor que no deja de ser amigo. Barbacoa, el pirata de una sola pierna, falso cocinero, encarnación de los deseos reprimidos de Hawkins, antagonista peculiar, puesto que no deja de ser camarada, y se salva al final. En *La isla...* «el malo» no lo es tanto. Jim, o sea nosotros, es decir, el mismo Stevenson, le quiere. Y nosotros, por eso, le queremos también.

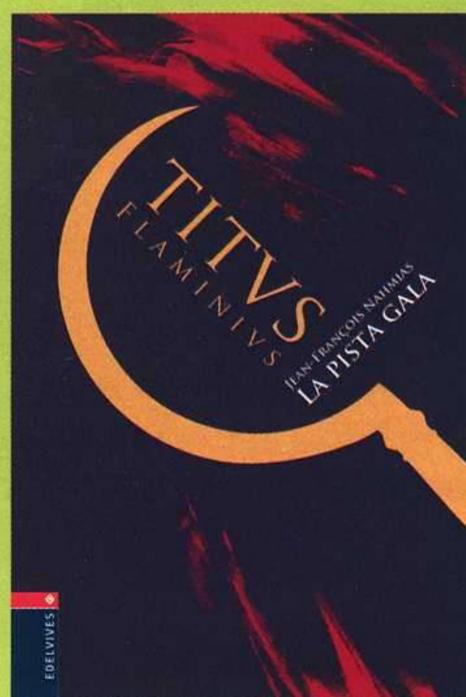
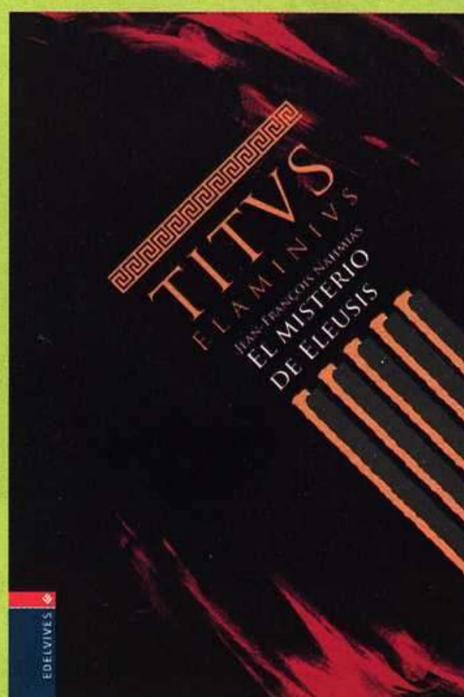
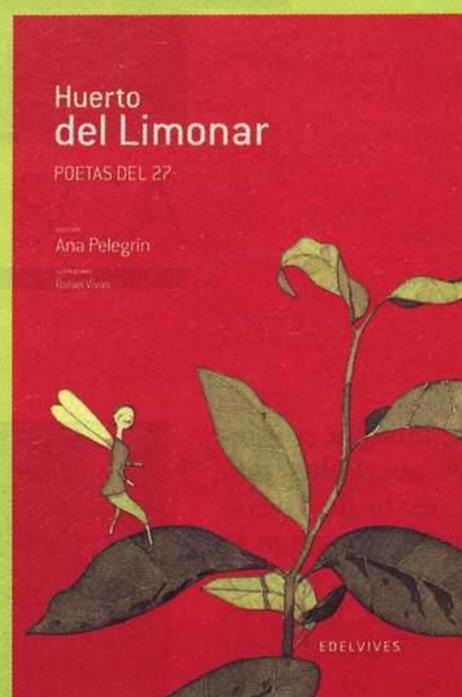
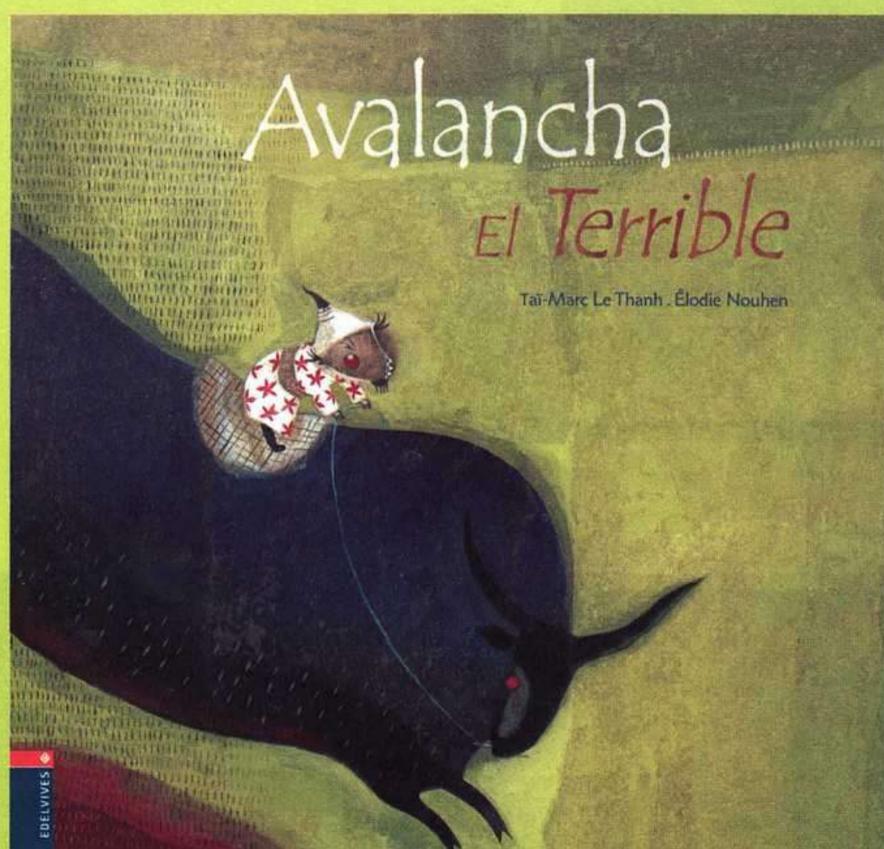
A lo largo de la novela, Jim, el héroe, a veces comete insensateces, incluso parece cambiar de bando, pone en peligro a «los buenos» y a su lógica. Le atrae el abismo, le atrae el pirata cojo. Porque también Jim es Long John. Todos somos Long John Silver. Por eso —y no sólo por la perfección de su estructura, por el encanto de sus peripecias... — *La isla del tesoro* es un libro para todos los tiempos, sin fecha de caducidad. Porque juega a dos bandas, al bien y al mal, porque alimenta los más positivos deseos, pero no esconde el supuesto lado oscuro de la aventura.

El cine

En esta serie de artículos no hablaremos sólo de literatura. Amarla y amar el cine fueron siempre mis dos pasiones, que, en el fondo, son la misma. Unas veces partiremos de un libro para aterrizar en una, o más, películas. Y al revés.

Para las adaptaciones cinematográficas de esta novela, recomiendo, una vez más, la introducción que abre la citada edición en Cátedra. Molina Foix ha sido tan cinéfilo experto como escritor y conocedor de la literatura. Ambos comenzamos esos amores más o menos al mismo tiempo.

Destaco, como destaca él, la versión muda de Maurice Tourneur, de 1920, con el gran Lon Chaney Sr. en el doble papel de Pew y George Merry. Un actor hoy desconocido, Charles Ogle (primer monstruo de Frankenstein en la pantalla) interpreta a Silver. La más conocida es, seguramente, la de Victor Fleming (1934), con Wallace Beery como Long John, y el niño-estrella Jackie Cooper en Jim. Hay muchas más, en algunas hizo del pirata cojo Charlton Heston y hasta Orson Welles... incluso se rodó una secuela llamada *Las aventuras de John Silver*.⁸



NOVEDADES

A PARTIR DE 8 AÑOS

Avalancha, el terrible

Huerto del limonar. Antología del 27

JUVENIL

La pista gala

El misterio de Eleusius

Libros que hacen lectores

EDELVIVES

www.edelvives.es

LA MIRADA DE LA INFANCIA

La que más me gusta, aunque contiene cambios no siempre acertados respecto al texto literario, es la de Byron Haskin en 1950. Ya comentamos que la huella es fatal cuando, de niños, leemos o vemos algo por primera vez. Quizá es por ello por lo que yo prefiero al actor Robert Newton —con todos sus gestos, muecas y visajes exagerados— encarnando a Long John Silver.

Obsesión para siempre

Para despedirnos, conviene recordar que aquellas cosas que comenzaron con una pesadilla, pueden acabar con la misma obsesión. Bueno fue empezar con el corazón prendido, no es malo acabar sin soltarlo. Jim Hawkins nos dice adiós con estas palabras:

«... las peores pesadillas que padezco son aquellas en las que oigo el bramido de las olas rompiendo en sus costas, o cuando me levanto de la cama sobresaltado, con la voz chillona de *Capitán Flint*⁹ resonándome todavía en los oídos: “¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho!”». ■

*Juan Tébar es escritor.

Notas

1. No me resisto a decir su nombre para que no parezca que lo desconozco: La frase «The child is the father of the man» pertenece al poeta inglés William Wordsworth (1770-1850).
2. Gesualdo Buffalino (1920-1996), escritor siciliano, autor de *Argos el ciego*, *Perorata del apesado*, *Quid pro quo...*
3. *Ensayos*, de R. L. Stevenson. Traducción de Marcos Mayer, Buenos Aires: Losada, 2005; *Memoria para el olvido*, edición de Alberto Man-



Wallace Beery (Long John) y Jackie Cooper (Jim).

guel. Traducción de Ismael Attrache, Madrid: Siruela, 2005.

4. Las películas son *Piratas del Caribe. La maldición de la perla negra* (2003) y *Piratas del Caribe. El cofre del hombre muerto* (2006), ambas dirigidas por Gore Verbinski, a quien debemos agradecer (y a su protagonista Johnny Depp) la nueva afición al género de corsarios.

5. Robert Louis Stevenson, *La isla del tesoro*. Edición de Juan Antonio Molina Foix, col. Letras Universales, 342, Madrid: Cátedra, 2002.

6. R. L. S. en *My first book*, traducción de ed. citada de J. A. Molina Foix.

7. *Doppelgänger*, o sea, doble, en alemán. E. T. A. Hoffmann trató muchas veces el asunto de la doble personalidad en sus relatos, que tanto influirían posteriormente en la escritura romántica de todos los países y autores.

8. *Long John Silver* (1954), título original de la película de Byron Haskin, con la que se intentó

continuar el éxito de *La isla del tesoro*, realizada por el mismo director para la Disney cuatro años antes. Con el mismo actor, Robert Newton, en el papel de Silver.

Y debemos destacar a Christian Bale, protagonista —con 16 años— de la película de los Heston, Fraser y Charlton, director y actor. Tras hacer de Jim Hawkins, Bale, un actor galés hoy muy reputado, encarnará a lo largo de su carrera nada menos que a Jesucristo, a Laurie, el galán de *Mujercitas*, al insoportable psicópata de *American Psycho*, y a Batman. Últimamente le hemos visto como brillante mago en *The prestige: El truco final*.
9. Imagino que ninguna persona de las que hayan leído este artículo desconoce la novela de Stevenson, pero, por si acaso, alguno tiene aún la magnífica oportunidad de ser feliz leyéndola, aviso que nos referimos (Jim se refiere) al loro acompañante de Silver, que llevaba el mismo nombre del mítico capitán pirata.

NUEVOS PRECIOS DE CLIJ

El incremento de las tarifas de correos y del precio del papel, nos obligan a modificar el precio de **CLIJ**.

A partir del próximo mes de junio, el precio de cada ejemplar será de 6,70 €, y el de la suscripción por un año de 67 €, lo que supone un 10 % de descuento sobre el P. V. P. para los suscriptores.

Lamentamos haber tenido que tomar esta medida y agradecemos la comprensión de nuestros lectores.